

## TRADICION TEXTUAL CICERONIANA

Por GERARDO H. PAGÉS \*

Cuando Jules Marouzeau, en su *Introduction al Latin*, requiere un ejemplo significativo de las vicisitudes a que está expuesto un texto a través de sus etapas de trasmisión, elige una arenga de Cicerón desde que es pronunciada hasta que llega al público de su época y de años tardíos. Sin querer provocar en nosotros un escepticismo total, logra hacernos comprender, de manera entretenida, cómo se transforma una pieza oratoria en manos de copistas apresurados, incapaces o, lo que a veces es peor, tan inteligentes como para enmendar la plana al propio Marco Tulio. Este, por su parte, colaboraba no poco en el trastrueque entre lo que había dicho y lo que aparecería publicado por obra de su editor y amigo, Tito Pomponio Atico, o de los sucesivos amanuenses que se disputaban la prioridad de divulgación de las rotundas frases que todos querían conocer o recordar. Para que ese texto fuese digno de su gloria, el orador se habría ya reunido con su estenógrafo Tirón y entre notas, buena memoria y generosa imaginación, recompondría, pongamos por caso, los tímidos y por momentos inseguros períodos que en defensa de Milón había arriesgado ante una inquieta audiencia nutrida de amigos de Clodio, dándole a la arenga —que a nadie convenció, y menos a los jueces— un tono tan levantado como para provocar en el mismo Milón, desterrado, una reflexión en que el reproche aparece salpimentado por la burla.

Claro está que no todas las creaciones tulianas sufrirán esas metamorfosis, porque muy otro será el estado de ánimo del autor y aun su disposición física, cuando componga un severo tratado filosófico o retórico, en que sólo podemos suponer algún mínimo retoque de su propio cálamo. De cualquier modo, sabedores de las incertidumbres de esos primeros momentos y de las perplejidades de la llamada edad oscura, retomemos esos textos en una etapa posterior, aquella en que nos es posible localizar ejemplares que han llegado hasta nosotros o han dejado vestigios en los que todavía hoy se estudian. Los prólogos de las ediciones de *Les Belles Lettres* nos serán de gran ayuda.

Y ya que estábamos en el *Pro Milone*, continuemos con él. Además, la historia de los códices de ese texto parece sintetizar las peripecias a que se han visto expuestas algunas de las piezas que hoy leemos tranquilamente, tal vez sin preocuparnos por aparatos críticos que son fruto de largas veladas consumidas en el deseo de acercarnos al autor, aunque éste nos haya despiestado a sabiendas desde el inicio.

---

\* Universidad de Buenos Aires.

Del discurso a favor de Milón contábamos, hasta 1904, con fragmentos de un palimpsesto, el *Taurinensis A II 2*, que desapareció ese año en el incendio de la biblioteca de Turín. Ese fragmento de *codex rescriptus* era del siglo IV o V. Por fortuna, había sido descifrado y copiado, y el abate Amedeo Peyron, turinés, lo publicaría en 1824 reconociendo su importancia, pues cubre en parte una laguna que presentan todos los otros manuscritos (mss.).

No mejor suerte había de caberle a un ms. de Cluny, el *Cluniacensis 496*, anterior al s. IX, llevado a Italia por Poggio Bracciolini, quien lo había descubierto en 1415. En un catálogo de Cluny, del s. XII, el ms. figuraba bajo el N° 596, con la siguiente designación: *Cicero pro Milone et pro Auito et pro Murena et pro quibusdam aliis*. Algunas de sus lecciones, dice André Boulanger, fueron conservadas por un conjunto de extractos debidos a Bartolomé de Montepulciano (*Laurentianus plut. LIV, 5*) y también por una segunda mano de un ms. de S. Victor del s. XV (*Parisinus 14749*).

A. C. Clark, quien estudió "*The uetus Cluniacensis of Poggio*" (*Anecdota Oxon., Class. Series X, 1905*), halló un pariente muy próximo de aquél en el otrora *Coloniensis* del s. XI, que hoy se halla en el British Museum. Ambos presentan idéntica gran laguna, lo que es buena prueba de pertenecer a un tronco común, del cual, por la misma razón, sabemos que no forma parte el palimpsesto de Turín, que, según dijimos, cubre en parte ese texto faltante.

Como si fueran pocas las ausencias, también se ha perdido un *Werdensis, uetus codex* del que algunos eruditos conservaron lecciones. Tales son parte de los elementos básicos para recomponer ese discurso que el mismo Cicerón había embellecido para presentárselo a Milón en el destierro y para legarlo a la posteridad. Y aunque el texto lacunoso que poseemos no repita exactamente lo que el orador dijera en mal momento, refleja sí el producto de una elaboración en que puso de suyo lo mejor de sus calidades, ésas que aún nos atrapan con el brillo de sus imágenes y el ritmo de sus cláusulas. Estas, por lo demás, constituyen a veces un elemento tan preciso y valioso como la métrica en poesía para la reconstrucción de textos corruptos o trastocados.

Según el citado catálogo de Cluny, el códice de Poggio incluía, entre otras piezas, el *Pro Murena*. Por ventura, de ese ms. perdido deriva el mencionado *Parisinus 14749*, que nos trasmite el texto de ese discurso. Otros códices del s. XV lo contienen (*Laurent, plut. XVIII, 10; Perusinus E 71*) pero se trata de mss. de humanistas, donde abundan correcciones y agregados arbitrarios. No nos extraña, pues, que muchos hayan confundido la denominación de *recentiores* con la de *deteriores*. Tal confusión, con frecuencia injusta, responde en parte a la *abundantia cordis* de esos copistas del humanismo que glosaban y corregían con desenvoltura y cierta prisa. Hasta en los caracteres de la escritura se refleja ese apresuramiento, ese deseo de recuperar etapas y renacer de improviso a plenitudes soterradas. Los trazos de la minúscula nueva, la de los *recentiores* (s. XIII al XV) son rápidos, abundantes en ligaduras y formas abreviadas, a diferencia de esos *codices uetustissimi* (minúscula antigua) de los s. IX y X, en que las letras aparecen regulares y dibujadas con calma. Así sería el *Cluniacensis*, que concitó en su momento la atención de los humanistas, interés que pudo renovarse en 1927, cuando Reitzenstein descubrió un palimpsesto del s. XV que parecía derivar de aquél. Por desgracia, ha resultado apenas descifrable.

Sigamos a Poggio (1380-1459) en sus descubrimientos. En viajes por Italia, Suiza, Inglaterra y Francia recobró, aparte de los textos ciceronianos que ahora mencionamos, las obras de Quintiliano, Valerio Flaco, Lucrecio y Columela. Y hasta le restó tiempo para componer diversos tratados, burlarse donosamente —siempre en latín— de costumbres y prejuicios, desempeñarse como funcionario de la curia romana y como canciller veneciano, pelearse con algunos poderosos y dejar numerosa prole.

En 1417, año en que descubrió el *Pro Caecina* y otros discursos de Cicerón, Poggio halló, probablemente en Francia, un ms. que contenía el *De lege agraria*, el *Pro Rabirio Postumo* y el *Pro Rabirio perduellionis reo*. Sacó copia y la envió a Italia, pero allí desapareció. Tampoco se han localizado vestigios del original. Del apógrafo de Poggio derivan varios mss. del s. XV que Clark colacionó para su edición. Presentan características similares y faltas comunes, por lo que A. Klotz, en su aparato crítico, los agrupó bajo una *omega*, según la costumbre de designar un conjunto de mss. coincidentes con una letra griega, arbitrio desaconsejado por Louis Havet, por considerarlo poco estricto. Klotz abarcó con una *psi* las lecciones que supuso del arquetipo y con una *sigma* las de uno o varios mss. Boulanger estima que algunas de esas lecturas son arbitrarias. Agreguemos que todo lo que tienda a la precisión es preferible en estos menesteres, a menos que se trate de aparatos críticos negativos y reducidos, como los de la colección Loeb.

La acción de gracias de Cicerón al Senado, pronunciada en el año 57 a. C., al retorno de su destierro, se ha salvado merced al códice *Erfurtensis* (luego *Berolinensis* 252), del s. XII o XIII, que puede cotejarse con las lecciones de un *Puteanus*, transcritas al margen de un ejemplar propiedad de Lambin que se conserva en Heidelberg. El hilo del que penden ciertos textos es muy delgado. A veces se trata de un solo modelo, que se torna sospechoso cuando las citas o glosas de los autores antiguos no concuerdan con su contexto o ni siquiera figuran en él. Al respecto se imponen ciertas prevenciones. Los gramáticos, rétores o apologistas que se apoyaban en un autor prestigioso de la antigüedad para fundamentar algún aserto generalmente lo hacían de memoria y, tal vez, urgidos por su argumentación, trabucaban y aun tergiversaban términos. En ciertos casos, llegamos a maliciar que eran pasajes de cosecha propia, sostenidos por la autoridad que otorgaba un nombre insigne y por la confianza de que —como en el caso de Cicerón— esa obra ingente era frecuentada por muy pocos. Además, desde Fray Antonio de Guevara hasta nuestro Borges no han faltado los que se complacieron en desorientar a pesquisidores de fuentes.

También de un ejemplar único proviene *De fato*. De él derivarán cinco mss., cuyos errores nos permiten inferir con cierta aproximación el tipo de letra del modelo. Por las lagunas colegimos las mutilaciones, la pérdida de cuadernos y de hojas separadas. Una cantidad de *recentiores* apenas agregan conjeturas al texto de base.

Asimismo la longitud y características de las lagunas han permitido conjeturar el número de líneas y hasta de letras que comportaba cada hoja. Es lo que estableció Clark para la fuente de que deriva el *Laurentianus L I 10*, trasmisor del *Pro Cluentio*. Analizados además los vestigios del desaparecido *Cluniacensis* 496, llega Wilhelm Petzsch a sostener que éste remontaría a la edición de Tirón,

el escriba de Cicerón, en tanto que la vulgata, representada por el *Laurentianus*, provendría de la de Tito Pomponio Atico. Hay quienes trepan muy alto por las ramas de los *stemma*, en un ejercicio tan arriesgado como el que había practicado Schleicher, en lingüística, para el indoeuropeo.

El *Brutus*, tratado de retórica que Cicerón compuso en el 46 a.C., se basa en seis copias tomadas del *Laudensis*. Sabemos que en 1422, Gerardo Landriani, obispo de Lodi, descubrió dentro de una caja abandonada en una iglesia un ms. muy viejo que incluía, además del *De inuentione* y de la *Rhetorica ad Herennium*, el texto del *De oratore*, del *Orator* y del *Brutus*. Por entonces nada se conocía de este último. Un erudito como Gasparino Barzizza, *grammaticus rhetorque celebrerrimus*, que profesaba en Milán, estudió la pieza que habría de desaparecer en 1428. Pueden causar asombro estos repetidos extravíos de códices tan valorados hoy, pero en su momento, una vez copiados y divulgados, pretensamente "mejoradas" sus lecciones por los ingeniosos humanistas, retornaban al anonimato, del cual el hallazgo feliz de algún moderno investigador a veces los rescata. Los hombres del primer Renacimiento buscaban la letra viva, viniera de donde viniese, para sentir y divulgar el mundo antiguo. Por eso, pocos años más tarde, entregarían a la imprenta no siempre los ejemplares de más cuidada tradición paleográfica, sino los de grafía más clara, los más fácilmente distribuibles entre los tipógrafos, los menos recomendables tal vez desde el punto de vista filológico, que empezaría a insinuarse con editores de la jerarquía de un Aldo Manucio, pongamos por caso.

Volvamos ahora al *Brutus*, así sea para señalar que es buen ejemplo de la importancia de las cláusulas métricas para establecer el texto, ya que el *Laudensis* distaba de ser perfecto. De allí que para el *De oratore* se recurriera al cotejo con otra fuente: la que provenía de un ms. en muy mal estado y muy incompleto, también perdido hoy, pero que nos ha sido trasmitido a través de tres copias de los siglos IX o X, vale decir, no influidas por interpolaciones renacentistas. Son los *codices mutili*, por contraposición a las transcripciones del *Laudensis*, humanísticas, denominadas *codices integri*. Surgen, pues, dos tradiciones: la de los *mutili* (M), de gramáticos atentos a la letra y al detalle, y la de los *integri* (L), de rétores y literatos, con un texto más libre, interpolado y glosado en busca de fluida lectura y sentido pleno, condiciones muy valoradas por los hombres del s. XV.

Tan sólo palimpsestos nos han legado lo que resta del *Pro Tullio*, arenga juvenil de Cicerón parcialmente salvada por el *Palimpsestus Ambrosianus*, descubierto en Milán por el cardenal Angelo Mai (*editio princeps*, 1814) y por el *Palimpsestus Taurinensis*, hallado por el abate Peyron, quien, combinando fragmentos de ambos *codices rescripti*, con las debidas enmiendas —algunas de ellas, debidas a Niebuhr— reconstruyó en 1824 el texto. El palimpsesto de Turín ya no existe. Y no valen aquí argumentos de despego renacentista por las fuentes.

Puede que dos eruditos, trabajando separadamente, sienten las bases para el establecimiento casi definitivo de un texto. Buen ejemplo el de las *Orationes Caesarianae*, objeto de un excelente trabajo de Clark (Oxford, 1901), coincidente con otro de Petersen, quien publicó la colación del *Cluniacensis* 498 (*Anecdota Oxon*, 1901), hasta entonces no identificado ni estudiado. De ambos trabajos se sirvió Marcel Lob para su edición.

De la Ville de Mirmont recuerda que Madwig, en 1828, en su célebre *Epistola critica ad Orellium*, establecía que los mss. de las Verrinas se dividían en dos familias, la *Gallica* y la *Itálica* o *vulgaris*. Pero el más antiguo de los mss. conocidos es el *Palimpsestus Vaticanus*, que ofrece fragmentos de los cinco libros de la *Actio Secunda*. Perteneció a Eneas Silvio (Pío II) y proviene tal vez del monasterio de Bobbio. Lo importante es que sus lecciones resultan ajenas a ambas citadas familias. Esto hace que el texto se preste a correcciones y conjeturas, de las que hay larga lista, encabezada por las propuestas de Cujas (1522-1590). Apuntemos que hoy la crítica conjetural no goza del favor que le procuraron los grandes eruditos del siglo pasado, y ya en 1906 Max Bonnet, en la *Revue de Philologie*, se preguntaba por qué perseverar en esta obra de Penélope que consiste en incorporar conjeturas en los textos para verlas desaparecer en la siguiente edición. Como señala Laurand, se prefiere a menudo renunciar a restituir las partes corruptas, señalando con una cruz los pasajes que no ofrecen sentido aceptable. Hay que distinguir los productos de la colaboración tardía de las lecciones que aparecen en los mss. Los *loci desperati* puntualmente señalados siempre dejan camino expedito para el ingenio o la intuición de lectores atentos.

Ya desde antiguo los correctores buscaban colaborar, a veces interesados en explicitar el texto; otras, en defensa de la pudicia; no pocas, para unificar el estilo. Este último criterio encierra sus peligros. Así, en Tito Livio, la primera década contiene gran cantidad de expresiones arcaicas y giros que parecen tomados de los poetas, en tanto que más tarde se acerca a la prosa de Cicerón. El reconocimiento de ese proceso llevó a Stacey —dice Laurand— a desestimar muchas conjeturas propuestas por Madwig, quien partía del supuesto de una mayor uniformidad.

Las correcciones, si son antiguas, pueden no responder al simple *ingeniolus* de un copista, sino ser reflejo de algún códice u otra fuente que no conocemos. En el *Laurentianus* 50, 45, que, según Chatelain, es del siglo X, aparecen numerosas enmiendas tomadas de otros mss. La segunda mano, mucho más reciente que la primera, puede así representar una tradición más antigua, al par que confirma la lección de la primera cuando la deja intacta.

En 1863, Mommsen publicó en el *Rheinisches Museum* (pp. 594-601) un artículo sobre un ms. que había visto en París, *chez Firmin Didot*, y que le pareció la mejor copia del *Laelius siue de amicitia*. Su colación fue utilizada en las ediciones de Baiter (1864) y Müller (1879). En las reediciones de la literatura latina de Teuffel por Schwabe (1890) y por Kroll (1916) se lee: *Die beste Hs. ist ein Codex s. IX-X, früher bei F. Didot in Paris, wo jetzt?* ¿Dónde está ahora? En 1917 lo creían en Londres. Bassi (Paravía, 1918) lo suponía en los Estados Unidos, *ubi homines docti ac diuites omnia quae praecipua atque optima uidentur, empta in musaeis conlocant, quibus iure meritoque gloriantur atque delectantur*. Lo cierto es que el códice estaba desde 1893 en Berlín, en la Königliche Bibliothek. Laurand, que narra todo esto, pudo nuevamente colacionarlo sobre fotografías y notar los errores de Baiter y Müller, basados a veces *ex silentio Mommsenii*. Aparecían lecciones excelentes, que Mommsen no había señalado, y que sus seguidores, apoyados en él, omitieron. El excesivo respeto a la autoridad es peligroso, y más si se trata de un *argumentum ex silentio*.

Otro ms. perdido o no identificado es el *Morelianus*, señalado en el siglo XVI por Guillaume Morel como fuente de muchas lecciones interesantes para el *De finibus malorum et bonorum*. Jules Martha las designa con una D: *scripturae ex bono codice prolatae*. Para el mismo texto figuraba entre los *deteriores* el *Rottendorffianus*, del siglo XII, hoy en Leyde, pero un estudio cuidadoso de sus aportaciones lo muestra en estrecho parentesco con D. Así, mss. desechados durante largo tiempo nos acercan a los arquetipos. La antigüedad de un códice no es siempre prueba de mayor valor. Con frecuencia un *recentior* se acerca más a los originales que un *uetustissimus*, por haber sido aquél copiado directa y cuidadosamente de algún arquetipo inapelable, en tanto que el otro deriva de una rama deturpada o lacunosa.

Pasemos ahora a la correspondencia ciceroniana. Petrarca descubrió y copió, en Verona y en 1345, las cartas a Ático, que influyeron señaladamente en su estilo epistolar, pero no tuvo noticia de las *ad familiares*, que aparecieron en 1392 (*Mediceus*, 49, 9), dieciocho años después de su muerte. Como señala L. A. Constans, Coluccio Salutati, canciller de Florencia, supo por entonces que en el Norte de Italia había un conjunto de cartas de Cicerón y creyó que se trataba de otro ejemplar de las dirigidas a Ático. Cuando recibió la copia (*Mediceus* 49,7) comprobó que constituían un grupo nuevo. El original, que estaba en Vercelli, fue después llevado a Florencia. Por otra parte, una carta de Loup de Ferrières (Servatus Lupus), escrita en setiembre del año 847 a Ansbald, del monasterio de Prüm (Renania) dice: *Tullianas epistolas quas misisti cum nostris conferri faciam, ut ex utrisque, si possit fieri, ueritas exculpatur*. Había, pues, en el siglo IX, cartas de Cicerón en Ferrières y en Prüm. ¿Eran las *ad familiares*? Probablemente sí, pues el mismo Loup nos dice, en carta del 830, que había leído las que ahora denominamos *Ad familiares*, I, 9 y V, 12. Estas colecciones serían fuente de los *codices transalpini*, que representan una tradición distinta de los *italici* (*Mediceus* 49,9 y 49,7).

El *codex Veronensis* y las reproducciones que de él hizo Petrarca de las *epistulae ad Atticum* se han perdido. El *Mediceus* 49, 18 (M) parecía tomado de lo copiado por Petrarca o del propio *Veronensis*. Pero de las citas que el mismo Petrarca hace de las cartas de Cicerón en *De uita Caesaris*, surge que su ms. no pertenecía a la misma fuente que el *Mediceus*. Constans sostiene que no son dos tradiciones distintas, sino una, compleja y dificultada por el gran número de correcciones efectuadas entre el año 1345 (descubrimiento del *Veronensis*) y mediados del siglo XV, como que por entonces no pocos entraban a saco en los textos y corregían al modelo por entender que no se atenia a los cánones que ellos mismos le atribuían. Nadie quedaba indiferente ante ese Cicerón cambiante y a veces contradictorio de su epistolario.

Tan peligroso como el celo de los humanistas es el de quien descubre algo y se enamora de su hallazgo. El ms. *Vaticanus Reginensis lat. 1587* del siglo X-XI, con diversos textos, entre los cuales el *Cato Maior de Senectute* ocupa los ff. 66r-80v, había pertenecido a Pierre Daniel y a Nicolás Heinsius, quien lo llevó a Suecia. Pasó luego al Vaticano, y allí desapareció. Dos siglos y medio más tarde lo encontraría M. Barriera (*Athenaeum*, 1926, 176 ss.), quien, en su afán por valorarlo, ha recurrido a indicios discutibles o erróneos, tergiversando incluso, según Wueilleumier (*Revue de Philologie*, 1929, 47 ss.), la filiación y la escala.

de valores. Es difícil para un investigador mostrar el necesario desapego por su propia criatura.

Para establecer el texto del *Pro Caecina*, el *Erfurtensis* (E), ms. del siglo XII-XIII, de Westfalia, hoy en Berlín (*Lat. fol. 202*), parece al comienzo muy superior al *Tegernseensis* (T), del siglo XII, hoy en Munich (*Lat. 18787*), que es obra de un copista menos instruido, con gran número de faltas groseras, pero cuyas lecciones, especialmente las más defectuosas, son, para André Boulanger, más "sinceras" que las de E y dejan transparentar la lectura original, irreconocible en las correcciones del *Erfurtensis*. Y aquí se impone de nuevo el criterio de Louis Havet cuando aconseja no desdeñar formas indefendibles, porque a veces son "faltas nacientes" que permiten el retorno a las buenas lecciones, ésas que quedarán definitivamente oscurecidas en un proceso de falso mejoramiento, en que los lunares han sido maquillados por la arbitrariedad de los amanuenses.

Esos dos mss., el E y el T, estudiados para el *Pro Caecina*, sirven para recomponer el *De imperio Gn. Pompei*, también denominado *Pro lege Manilia*, para el cual contamos, aparte de numerosas copias del siglo XV —la Biblioteca Nacional de París posee más de veinte— con un papiro del siglo V, válido para los últimos pasajes, descubierto en Oxirrinco y publicado por A. S. Hunt. Además de los vestigios de un *Werdensis* hoy desaparecido y de un *Harleianus*, del siglo XI, que estuvo en la catedral de Colonia y hoy se halla en el British Museum (*Coloniensis Basilicanus*), disponemos del *Bruxellensis 4492* y del *Palatinus 1525*. En este caso, el *stemma* se constituye con elementos diversos, cada uno de los cuales debe ser tratado en función de sus peculiaridades.

También reconocen pluralidad de fuentes las *Catilinarias*. Henri Bornecque se refiere a numerosos mss., divididos en tres grupos por Nohl. El primero comprende cuatro mss. de edades diferentes: un *Cluniacensis* (C), del siglo IX, descubierto y colacionado por Peterson; un *Ambrosianus* C. 29, del siglo X (A), un *Vossianus lat. 0 2* del siglo XI (V) y un *Laurentianus XLV 2*, del siglo XIII (a). De este grupo surgen las mejores lecciones, pero no hay que desdeñar las de un segundo agrupamiento de mss. del siglo XI, del cual forma parte el *Oxonienis Corp. Christi 57* (o), corregido sobre (a), con lo que constituye una suerte de transición entre ambos conjuntos. También en el tercer grupo (de los siglos X al XII) el *Harleianus 2716* (1) se vincula con los del segundo, de modo que las tres familias están conectadas. Además, como trazos de unión, cuentan aquí mucho los testimonios y citas de autores y reminiscencias de frases memorables, desde el exabrupto inicial, repetido hasta la saciedad. Resulta engorroso recoger todos estos *testimonia*, con los cuales, si conociéramos su ilación, podríamos recomponer en buena parte los textos. Pero no olvidemos que, con frecuencia, esas citas responden a una intención, ya sea que vayan en busca de alguna rareza, de un rasgo de estilo, de cierto *hápx*, o de una prueba argumental capaz de forzar la mano del que transcribe. Ello constituye mínimo peligro en los casos de autores de los que poseemos mss. más o menos completos, pero debemos ser precavidos ante aquéllos de quienes sólo nos restan *disiecta membra*.

La antigüedad de ciertos mss. no los exime de ser ya producto fusionado de diversas fuentes. Para el *Pro Caelio* contamos, ante todo, con el *Parisinus 7794*, del siglo IX, amén de dos palimpsestos, una excerpta y otros elementos. Entre

ellos, cuentan los fragmentos de un papiro de Oxirrinco del siglo V (Nº 1251), pero éste no abreva en una sola fuente, sino que sus lecciones responden a diversas líneas con lo que se demuestra que ya por entonces existían transcripciones eclécticas capaces de desorientar a los no iniciados. Jean Cousin, al editar el *Pro Caelio*, sin conceder a varios códices *recentiores* o *deteriores* (siglo XV) más valor que el conjetural, no vacila en incluir en el apartado crítico la mención de algunos humanistas de los cuales ha tomado en cuenta sus sugerencias. Al respecto, Havet aconseja mencionar —sin latinizarlos— los nombres de esos autores cuyas conjeturas han sido incorporadas al texto, para no atiborrar dicho aparato con lecciones antojadizas que, a la postre, han sido desdenadas.

Una nota marginal que aparece en varios mss. derivados de una copia de Poggio (1417) nos pone en la pista de que los tres grupos que poseemos para *De lege agraria*, ramas del mismo arquetipo, según lo prueban coincidentes lagunas y groseras faltas en todos, remontarían a una recensión de Statilius Maximus, gramático del siglo II. En esa época, según el testimonio de Aulo Gelio en las *Noches Áticas*, existía la posibilidad de consultar ejemplares originales o corregidos por mano del propio autor. Hoy sólo podemos reconocer esa autenticidad en ciertos documentos epigráficos.

Situación desfavorable es la de depender de una tradición única de mss. Es la que se presenta en el caso del *Pro Rabirio perduellionis reo*, texto proveniente de aquella copia, hoy perdida, que realizara Poggio en 1417. Poco ganamos con los *deteriores*, cargados de conjeturas que se multiplican cuando el texto es corrupto. Parva es la aportación de dos *codices rescripti* muy mutilados de la Biblioteca Vaticana, publicados en 1820 por Niebuhr.

Para las *Filípicas* contamos con diversos mss., divisibles en dos familias. A la primera pertenecen el *Vaticanus Basilicanus H 25*, del siglo IX, en minúsculas; a la segunda, todos los otros mss. conocidos, cuyo parentesco aparece probado por tres importantes lagunas comunes. El *consensus codicum* de este segundo grupo (siglos XI al XIII) salva errores u omisiones del *Vaticanus*, pero por momentos prevalece la fantasía creadora.

También se impone la prudencia ante los mss. tardíos que nos transmiten las *Disputationes Tusculanae*, piezas, como dice Jules Humbert, *où la correction intentionnelle a souvent usurpé la place de la reproduction fidèle de l'original*. Por eso el texto de Humbert se funda en la tradición carolingia, de donde provienen la mayor parte de las correcciones del *Vaticanus 3246*. Pero la opción no es siempre fácil, porque los humanistas cotejaban copias y, no ateniéndose a una sola línea, han transmitido textos amalgamados.

El *De officiis*, escrito en el tormentoso año 44 a. C., es obra redactada rápidamente y tal vez vuelta a corregir por el propio Cicerón o muy interpolada ya en sus orígenes. Nonius, en el siglo IV, ofrece buen número de *testimonia* que difieren de los mss. Señala Maurice Testard que un texto defectuoso tiende a diversificarse, y es lo que ha ocurrido con esta obra ya desde su origen. En los siglos XII y XIII se producen nuevas variantes, observables en el *Palat. Vatic. lat. 1531* y en el *Bernensis 104*. Se recurre a la *lectio faciliior*, y esas "mejoras" terminan por despistar a algunos filólogos del siglo XIX, porque el texto se torna así muy satisfactorio. Testard elige las lecturas de la familia más defectuosa y

fiel, y las prefiere incluso a las de la antigua tradición indirecta (*testimonia*) por la incertidumbre originaria que comporta el texto. Trabaja, pues, con los *puri* y excluye aquellos *impuri* de los siglos XII y XIII, abusivamente corregidos.

Cerremos esta rápida y parcial visión de la codicología ciceroniana con el más comentado de los hallazgos: el *De re publica*, del cual, con excepción del *Somnium Scipionis* y de citas dispersas, nada se conocía hasta que en 1820 el cardenal Angelo Mai, por entonces prefecto de la Vaticana, descubrió casi una tercera parte del tratado en un palimpsesto que contenía, en unciales menudas, el comentario a los Salmos, de San Agustín. Entre ellas advertíase, en caracteres también unciales mucho mayores y en angostas columnas dobles, ese *Codex Vaticanus 5757*, del siglo V o VI, con el texto tan buscado de Cicerón, que aparecía enmendado por una segunda mano, el valor de cuyas lecciones ha dado lugar a larga controversia, conforme recuerda Clinton Walter Keyes en su introducción para la Colección Loeb.

En las enormes lagunas sobrenadan los testimonios antiguos, en cuya distribución compite la sagacidad de los eruditos. En este caso, en que el legado es tan incompleto, la tarea se torna indispensable. Del *Somnium Scipionis*, por el contrario, poseemos numerosas copias. Cuando éstas se multiplican sin aportar otras novedades que las surgidas de las distracciones antiguas o de las ingeniosidades modernas acrece la necesidad de limitar referencias en el aparato crítico y se reiteran los propósitos de unificar las formas de notación. Y cabe entonces recordar una reflexión de Campbell en su edición de la *República*, de Platón (II, p. 130, cit. por Laurand): "Aun cuando las correcciones e interpolaciones en el texto de la *República* fuesen tan numerosas como lo han imaginado ciertos filólogos modernos, la diferencia de sentido que ellas implican sería todavía infinitesimal".

El empeño, con todo, es apasionante. Buscar la cumbre —el arquetipo, tal vez el prototipo— en ese montañismo lleno de peligros en que los escaladores se transmiten lucrecianamente los testimonios o intentan rutas no holladas —un nuevo papiro, un *codex rescriptus*, un *recentior* con lecturas válidas— o se aventuran entre acechanzas —glosas, trastrueques, *lectiones faciliores*— ofrece generosa compensación aunque nos invada la sospecha de que nunca llegaremos a la cima.

#### SUMMARIUM

Ciceronis opera tradita nobis sunt corrupta iam a primis librariolis. Quamquam prototypus non attingamus tamen expetenda est perscrutatio codicum. Quos cum subtiliter despicimus, aliorum uestigia surgunt in quibus lectiones emendationes inuenire possumus. In hac tractatione ueteres codices post saecula deperditi denuo et surgunt et iterum dispereunt, alii semper desiderantur, alii a grammaticis non exacte memorantur, alii a subtilioribus saltem supponuntur, pauci particulatim in papyris ad luminis ora ueniunt. Hic agitur de eorum fortuna (de codicibus rescriptis, de familiis codicum, de testimoniis).

Non tantum de orationibus sed etiam de epistulis et aliis Ciceronianis operibus disseritur.